

resbaladizas, cada vez que intentaba trepar por ellas se le escurrían los pies y volvía á tomar un nuevo baño.

—Casi merecería que le dejáramos ahí enterrado en el fango,—murmuró el centurión.

—¡Cuadrado!—exclamó Pancracio,—¡cómo puedes tú decir eso!

El inclinando el cuerpo hacia la orilla, gritó:

—¡Por aquí! ¡dame la mano!

En aquel momento Corvino, agarrado á un seco arbusto que se había roto con el peso, iba otra vez á caer en el agua acaso para no reaparecer, pues había casi perdido las fuerzas y el sentido.

Pancracio asió del brazo á su enemigo, prestóle su poderosa ayuda Cuadrado, y entre ambos le sacaron y tendieron en el camino; frotáronle las sienes y las manos para reanimarle, y comenzaba ya á recobrar los sentidos cuando llegaron algunos numidas, á cuyo cuidado le dejaron, entregándoles la bolsa que se le cayera del cinturón al sacarle del agua. Pancracio guardóse su pequeño cuchillo, que había visto caer al propio tiempo que la bolsa; aquel instrumento que Corvino encontró al pié de la columna en la que se había fijado el edicto contra los cristianos, y que llevaba siempre consigo como una prueba que debía declarar contra Pancracio de un modo fehaciente.

Vuelto ya en sí Corvino, los numidas le hicieron creer que ellos acababan de salvarle la vida, fingiendo á la vez gran sentimiento por no haber podido al mismo tiempo salvar la bolsa y el cuchillo, que sin duda estarían sepultados en el cenagoso fondo de la laguna.

Mientras se estaba recomponiendo el carruaje lleváronle á una casita inmediata, y fueron después á beber á costa del malparado hijo del prefecto.

Así quedaron satisfechas en un mismo día dos venganzas: la del pagano y la del cristiano.

## XVIII

### Las obras públicas

Si antes de la publicación del reciente edicto estaba decretado que las Termas de Diocleciano fuesen construidas por los cristianos condenados á trabajos forzados, no es de maravillar

que desde aquel momento creciese con la nueva persecución el número de las víctimas y de sus padecimientos. Esperábase la próxima llegada de Diocleciano para la inauguración de su edificio predilecto, y para abreviar la terminación de aquella obra colosal duplicóse el número de los braceros forzados. Todos los días llegaban nuevas cuerdas de supuestos culpables, procedentes de los puertos de Luni, de la Cerdeña, y hasta de la Crimea y del Quersoneso, donde les empleaban en la explotación de minas y canteras.

Debían los cristianos transportar los materiales, aserrar y tallar piedras y mármoles, hacer la argamasa, levantar las paredes y desempeñar otros trabajos no menos serviles, á que no estaban acostumbrados. La recompensa que recibían era igual á la de las mulas y bueyes, sus compañeros de fatiga. Tenían que dormir en covachas peores que establos; los alimentos apenas bastaban á sostener sus fuerzas, y el vestido escasamente les preservaba de la intemperie. Los grillos que sujetaban sus pies y las pesadas cadenas que les hacían arrastrar acrecentaban considerablemente sus padecimientos; pero nada igualaba á la crueldad con que los capataces, tanto más seguros en sus destinos cuanto más inhumanos fuesen, los vigilaban con vara ó látigo en mano, dispuestos siempre á añadir el dolor á la fatiga, ya para desahogar sus crueles instintos sobre aquellas víctimas indefensas, ya también para complacer á sus señores, más crueles aún que ellos.

No obstante, los cristianos de Roma cuidaban con especial solicitud de aquellos santos confesores, que les inspiraban profunda veneración. Jóvenes de esforzado corazón, y especialmente los diáconos, lograban visitarles y asistirles, ya sobornando á los guardias, ya valiéndose de mil industrias: distribuíanles alimentos más nutritivos, ropas de más abrigo, y aun dinero, gracias al cual pudiesen obtener un trato menos inhumano de sus bárbaros custodios. Era un espectáculo conmovedor verles, en cuantas ocasiones se les ofrecían, sobre todo al despedirse de aquellos Mártires, besar con respeto sus cadenas y magulladuras, y encomendarse á sus oraciones.

Aquella multitud, condenada á tan duro castigo por su fidelidad al divino Maestro, era además útil á sus perseguidores bajo otro aspecto. Como los viveros en que el glotón Lúculo cebaba sus lampreas para ostentarlas en sus festines; como las jaulas y los corrales en que se guardaban las aves más raras y los bien cuidados animales destinados á los sacrificios ó fiestas imperiales; como las cavernas en donde se alimentaban las fieras para presentarlas en los juegos del Anfiteatro; así también las obras públicas eran como unos depósitos de hombres que de cuando en cuando debían servir para una sangrienta hecatombe



destinada á satisfacer la bárbara afición del populacho á los más crueles y oprobiosos espectáculos en cualquier ocasión ó festividad.

Acercábase una de estas ocasiones, gracias á la persecución que acababa de estallar. Pero esta se desarrollaba lánguidamente, ya que ninguna persona notable había sido aún arrestada. Los fracasos de aquellos primeros días no se reparaban, el pueblo apetecía algo más ruidoso y clamaba con satánico frenesí por que se le dieran espectáculos. El próximo cumpleaños del Emperador parecía justificar su demanda: las fieras con sus espantosos rugidos parecían reclamar su prometida presa; y tantas y tantas veces sonó á sus oídos el grito de *¡Christianos ad leones!* que bien podían creerse con derecho á saciar en ellos su voracidad.

Una de las últimas tardes de Diciembre fué Corvino á las Termas de Diocleciano acompañado de Cátulo, experto conocedor de los cristianos *buenos* para los espectáculos del Anfiteatro, á la manera que un traficante en ganado conoce de lejos á la primera ojeada las mejores cabezas.

Corvino mandó llamar á Rabirio, superintendente de los penados.

—De orden del Emperador—le dijo—vengo á escoger unos cuantos de entre esa canalla de cristianos para proporcionarles la honra de luchar en el Anfiteatro en las próximas fiestas.

—A fe mia,—contestó Rabirio,—que no me es posible des- prenderme de uno solo. Tengo el compromiso de terminar las obras en un plazo dado, y no estoy sobrado de brazos.

—¿Qué me importa á mí? ¡Brazos! tendrás todos los que quieras. Otros reemplazarán á los que te quitemos. Acompáñanos á recorrer las obras para que podamos escoger los hombres que más sirvan para nuestro caso.

Cedió Rabirio á tal exigencia, aunque refunfuñando, y los guió á un vasto departamento cuya bóveda acababa de terminarse, y en el cual se entraba por un vestíbulo circular que recibía la luz por una claraboya á semejanza del Panteón. De allí se pasaba á uno de los brazos más cortos de otra vasta sala en forma de cruz, con la cual comunicaba gran número de habitaciones más reducidas, pero no menos bellas. En cada ángulo de la sala de donde arrancaban los brazos de la cruz debía levantarse un enorme pilar de granito de una sola pieza; dos estaban ya colocados en sus respectivos sitios, y otro en el suelo rodeado de maromas atadas á varios cabrestantes, para colocarlo á la mañana siguiente.

Cátulo señaló á Corvino dos robustos mozos que, desnudos hasta la cintura como todos los esclavos, mostraban formas verdaderamente atléticas.

—Rabirio,—dijo el oficioso abastecedor de víctimas humanas para las fieras;—necesito que me entregues aquellos dos, muy á propósito para nuestro objeto y cristianos seguramente, pues trabajan de buena voluntad.

—¡Imposible!—contestó Rabirio;—ahora no puedo desahacerme de ellos. Me hacen el trabajo de seis hombres y valen cuando menos por dos caballos. Dejad que concluyan esa pesada maniobra, y entonces los pondré á vuestra disposición.

—Pues dime sus nombres para anotármelos, y cuida de mantenerlos bien.

—Se llaman Largo y Esmaragdo. Aunque trabajan como plebeyos, pertenecen ambos á distinguidas familias, y os aseguro que os seguirán sin la menor resistencia y hasta con la mejor buena voluntad.

—¡Oh! su deseo quedará plenamente satisfecho,—dijo Corvino con feroz alegría.

Signieron su odiosa inspección, escogiendo á su paso nuevas víctimas, no obstante la resistencia que oponía Rabirio á entregárselas; y al fin se acercaron á uno de los aposentos que daban á la derecha, en el que vieron un grupo de forzados (si de este modo podemos llamarlos) que descansaban después de concluir su tarea. Un anciano de venerable aspecto, de larga y plateada barba, ocupaba el centro de aquel grupo: su apacible mirada, su palabra dulce y cariñosa, y reposados ademanes, revelaban á pesar de su extremada flaqueza la energía y tranquilidad de su alma. Era el confesor Saturnino, de edad ochenta años, lo cual no impedía que arrastrase dos pesadas cadenas. Á sus lados estaban dos mozos, llamados Ciriaco y Sisinio, de los cuales refiere la tradición que al propio tiempo que desempeñaban sus rudas tareas procuraban acompañar al anciano para sostenerle las cadenas; y que su mayor placer era, una vez concluida su tarea, ayudar á sus hermanos más débiles trabajando por ellos para que descansasen. Mas no les había llegado aún su hora, pues antes de alcanzar la palma del martirio debían ordenarse de diáconos en el próximo pontificado.

Tendidos en el suelo veíanse otros presos á los pies del anciano, quien sentado sobre una pieza de mármol les hablaba con tal dulzura y gravedad que cautivaba su atención hasta hacerles olvidar sus sufrimientos. ¿Qué les diría? ¿Trataría de premiar la extraordinaria caridad de Ciriaco pronosticándole que en conmemoración de ella se consagraria con el tiempo al servicio de Dios una parte de aquel inmenso edificio para el cual estaban todos trabajando, y se convertiría en iglesia bajo su advocación? ¿O bien les referiría como visión aún más gloriosa que este pequeño oratorio sería reemplazado por un suntuoso templo dedicado á la Reina de los Angeles y que comprendería toda



aquella área y su vestibulo? Y ¿qué idea más augusta y consoladora podía inspirar á aquellos gloriosos cristianos, tan cargados de trabajos, que la de que no estaban construyendo solamente unos baños para la voluptuosidad de un pueblo pagano ó como muestra de la ruinosa prodigalidad de un emperador perverso, sino uno de los templos más grandiosos y magníficos, donde sería adorado el verdadero Dios y honrada aquella Virgen Madre que llevó en sus benditas entrañas al Verbo encarnado (1)?

Al observar desde cierta distancia aquel grupo detúvose Corvino y preguntó al superintendente los nombres de los que lo componían. Rabirio se los enumeró rápidamente, añadiendo:

—Podeis, si os place, llevaros á ese viejo, que á decir verdad no gana el pan que come.

—¡Gracias!—exclamó Corvino;—¡bonita figura haría en el Anfiteatro! No le gustan al pueblo esos hombres decrepitos que mueren al primer asalto de un oso ó al primer zarpazo de un tigre. Lo que anhela es ver correr sangre joven, hombres vigorosos y robustos que luchen á pesar de las heridas y de la pérdida de sangre... Pero allí distingo uno á quien no has nombrado: aquel que está vuelto de espaldas y que no lleva la divisa de los penados.

—Ignoro su nombre,—contestó Rabirio;—sólo sé que es un guapo mozo que pasa muchas horas entre los penados, los anima y consuela, y aun á veces les ayuda á trabajar. Se lo consentimos, por supuesto, porque nos paga bien, sin que nos toque averiguar más.

—¡Ah! ¡quién sabe!—exclamó Corvino con sonrisa infernal y adelantándose bruscamente.—A mí sí me interesa averiguar algo.

Su voz hirió los oídos del desconocido, quien volvió el rostro. Con mirada feroz como la del tigre que furioso se arroja sobre su presa, Corvino echósele encima y agarrándole por el brazo aulló:

—¡Pancracio, sí! ¡no te me escapabas ahora!... ¡Al instante, vengan grillos y cadenas!

(1) La iglesia á que se alude es la de Santa María de los Angeles, edificada por Miguel Angel en la vasta sala de las Termas de Diocleciano. La majestuosa grandeza de este edificio y sus gigantescas columnas de granito revelan lo que debía ser este monumento de la humana voluptuosidad, levantado por orden de un tirano envejecido, y enaltecido por los cristianos condenados al martirio, que en algunas partes grabaron la cruz del Salvador. (GOURNERIE: *Rom. Christ.*)

XIX

El interrogatorio

Desde las Termas, Pancracio y otros veinte cristianos formando cuerda fueron paseados por las calles más públicas de Roma. Como apenas podían andar y las cadenas á que estaban sujetos les hacían vacilar y tropezar á cada paso, sus conductores, no sólo les apaleaban sin piedad, sino que veían con indiferencia que los transeuntes les abofeteasen y aporreasen, ó bien les arrojasen piedras é inmundicias, prodigándoles á la vez las más soeces injurias.

Llegaron por fin á la cárcel Mamertina, en donde fueron introducidos á empellones y hacinados con otras víctimas de ambos sexos que aguardaban la hora de ser llevadas al sacrificio.

Las cárceles de la antigua Roma no eran ciertamente un lugar á donde el más miserable desvalido pudiese desear que le llevaran en la esperanza de encontrar allí mejor manutención y más cómodo albergue que el suyo; y para persuadirse de ello basta visitar las dos ó tres que aún existen. Una breve descripción de la que hemos mencionado bastará para que el lector forme una idea de los tormentos por que pasaban los confesores de Cristo antes de sufrir el martirio.

La cárcel Mamertina está compuesta de dos estancias cuadradas subterráneas, una debajo de otra, con una sola abertura redonda en cada bóveda, por donde tenían que penetrar la luz, el aire, los alimentos y hasta los presos. Cuando el piso superior estaba lleno de éstos, harto podemos imaginar qué cantidad de aire y de luz podía penetrar hasta el inferior. No habia allí otro medio de ventilación, de comunicacion ó de acceso. En las paredes, construidas de enormes bloques de granito, hállanse aún vestigios de fuertes anillos de hierro á los que eran amarrados los presos, aunque á muchos de éstos se les tendía en el suelo con los pies metidos en un cepo. Por un refinamiento de crueldad los bárbaros opresores, para aumentar las ya insoportables incomodidades del húmedo suelo, esparcían por él pedazos de hierro ó de vasijas rotas, y este era el único lecho en que podían descansar los cristianos sus doloridos miembros.

La justicia romana exigía, no obstante, que se observaran algunas formas exteriores de legalidad, y de ahí que los cristianos fueran conducidos desde la cárcel al tribunal, donde se les sometía á interrogatorios de los cuales nos quedan preciosas



muestras en las Actas proconsulares de los Mártires, tales como eran extendidas por los secretarios ó actuarios del tribunal.

A veces discutía el juez con el acusado, pero siempre quedaba inferior; si bien los que sufrían el interrogatorio se limitaban por lo general á reiterar á cada pregunta su profesion de fe cristiana.

En la mayoría de casos, sin embargo, se limitaba el juez á preguntar:

—¿Eres cristiano?

Y al oír su respuesta afirmativa, pronunciaba sentencia capital.

Pancracio y sus compañeros fueron conducidos ante el juez, y como sólo faltaba tres días para los públicos espectáculos en los que debían ser expuestos á las fieras, tratábase de condenar los sin dilación.

—¿Quién eres?—preguntó el prefecto á uno de ellos.

—Un cristiano por la gracia de Dios.

—¿Y tú?—preguntó á Rústico.

—Un esclavo del César; pero desde el momento que profesé el cristianismo recibí la libertad del mismo Jesucristo, y por su gracia y misericordia participo de iguales esperanzas que esos otros á quienes teneis delante.

Volviéndose el juez á un sacerdote llamado Luciano, tan venerable por sus años como por sus virtudes, le mandó adorar á los dioses y obedecer los decretos imperiales.

El anciano contestó:

—Nadie puede reprender ni castigar al que cumple con los preceptos de Jesucristo nuestro Salvador.

—¿A qué ciencias, á qué estudios te dedicas?

—He procurado instruirme en todos los ramos del saber humano; busqué la verdad hasta que la encontré, y la encontré en las doctrinas del Cristianismo, y por esto á ellas me adherí, por más que desagraden á los que siguen los extravíos de las falsas opiniones.

—¡Desdichado! ¿Qué atractivo puedes encontrar en tales doctrinas?

—El mayor de los atractivos, porque la doctrina cristiana es la única verdadera.

—Veamos qué doctrina es esa.

—Crear en un solo Dios, autor y criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en Jesucristo, su único Hijo, anunciado por los Profetas, el cual vendrá un día á juzgar á todos los hombres: en Jesucristo, que predica la salud y concede la salvación á todos los que siguen su santa doctrina. Yo, débil y miserable criatura, no me considero capaz de hablarlos dignamente de su infinita Divinidad: esto sólo es dado á los Profetas.

—Tú eres, por lo visto, uno de esos que embaucan á otros enseñándoles el error, y tu castigo debe ser, por tanto, más severo. ¡Hola! Llevaos á Luciano, tendedlo en el potro, y tiradle de los piés hasta el quinto anillo (1).

Dirigiéndose luego á dos mujeres que también fueron conducidas al tribunal, preguntólas:

—Y vosotras dos ¿cómo os llamis? ¿Cuál es vuestro estado?

—Yo soy cristiana, me llamo Segunda y no tengo otro esposo que Cristo,—contestó la primera.

—Y yo—añadió la otra—soy viuda, de nombre Rufina, y profeso la misma fe salvadora.

Después de dirigir idénticas preguntas á los demás presos y obtener de todos respuestas parecidas, á excepción de un desgraciado que, con gran dolor de sus compañeros, vaciló y convino en sacrificar á los dioses, encaróse el prefecto con Pancracio, diciendo:

—En cuanto á tí, andaz mancebo que osaste arrancar el edicto de los divinos emperadores, también serás perdonado si ofreces holocausto á las deidades del Imperio,

Pancracio, después de hacer la señal de la Cruz, contestó con tranquila firmeza:

—Soy siervo de Cristo: le confiesan mis labios, reina en mi corazón y le adoro incesantemente. Acatando á un solo Dios, mi adolescencia posee la sabiduría de la edad madura. Vuestros dioses y sus adoradores están condenados á destrucción eterna.

—¡Herid en la boca á ese muñeco por su blasfemia y azotadle con varas!—gritó el prefecto encolerizado.

—¡Gracias!—dijo Pancracio;—así podré sufrir, en parte siquiera, la misma pena que sufrió mi Dios y Señor.

A continuación el prefecto pronunció la sentencia en la forma acostumbrada:

«Mandamos que Luciano, Pancracio, Rústico y compañeros, y las mujeres Segunda y Rufina, que declarándose cristianos se niegan á obedecer á los sagrados emperadores y á sacrificar á los dioses de Roma, sean expuestos á las fieras en el anfiteatro de Flavio.»

La multitud de espectadores prorrumpió en exclamaciones de júbilo y de odio, y siguió á los confesores de Cristo hasta la cárcel, al principio con salvaje gritería, pero luego quedó su furia desarmada al contemplar el digno porte y la serena tranquilidad de sus semblantes.

Y aún decíase que una atmósfera balsámica de suavidad enteramente nueva rodeaba sus personas: era el buen olor de

(1) Era esta la mayor tensión posible á que podía sujetarse á un paciente en aquel instrumento de tortura.



Cristo, el suave perfume de sus excelsas y heroicas virtudes que ascendía á los cielos; y no faltó entre los paganos quien asegurase que aquellos cristianos, que tan villana y cruelmente eran perseguidos y tratados, habrían sin duda perfumado sus personas.

XX

El Viático

¡Qué contraste ofrecía el brutal furor y el discordante tumulto de la degradada plebe estacionada frente la cárcel Mamertina con la paz, la serenidad y el contento que en el interior de ella reinaban! Sus toscos y negros muros resonaban con los cánticos que dirigía y entonaba Pancracio. Como si un abismo respondiese á otro abismo, los presos del calabozo inferior contestaban á los de arriba, y alternando y en coro cantaban los versículos de los Salmos adecuados á las circunstancias.

La vispera de la lucha de los cristianos con las fieras, ó por mejor decir del día en que debían ser despedazados por ellas, gozaban de mayor libertad: sus parientes y amigos podían visitarles, y aprovechándose de este permiso los fieles acudían á la cárcel para encomendarse á las oraciones de los confesores de Cristo. Por la noche los sacaban de su encierro y les servían la *cena libre*, especie de banquete público en el que abundaban los manjares y vinos exquisitos. Multitud de paganos se agrupaban al rededor de la mesa, atraídos por la curiosidad de observar de cerca á los que al siguiente día debían sucumbir en la arena, víctimas de las fieras. Para los sentenciados cristianos aquella cena era un verdadero *agape* ó fiesta de amor, porque comían con perfecta tranquilidad y hablaban jovialmente, como si debieran conducirles al Capitolio en triunfo. Pancracio, sin embargo, no pudiendo sufrir la inhumana curiosidad y las crueles observaciones de los circunstantes, reprendióles con valentía.

—¡Qué! ¿No os basta—les dijo—con el espectáculo de mañana para que vengais á contemplar de antemano á los que en el Anfiteatro serán objeto de vuestro odio? Ahora sois nuestros amigos, y mañana os trocaréis en enemigos. Examinad, pues, detenidamente nuestras facciones para que nos reconozcáis en el tremendo día del Juicio.

Ante tan inesperada y severa reprensión, muchos se retiraron avergonzados, mientras que otros sintieron germinar en sus corazones sentimientos muy opuestos que más adelante habían de obrar su conversión.

En tanto que los perseguidores preparaban á sus víctimas un banquete que fortaleciese sus cuerpos, la Iglesia como solícita Madre preparaba también otro mucho más exquisito para consolar las almas de sus hijos. Los diáconos no habían dejado un solo instante de asistirlos, con especialidad Reparado, que de buena gana se uniera á ellos para sufrir el martirio si no le privaran por entonces de esta gloria los deberes de su ministerio. Después de proveer como mejor pudo á sus necesidades temporales, fué á ponerse de acuerdo con el santo presbítero Dionisio, que continuaba morando en casa de Inés, para que no faltase á los campeones de Cristo, antes de la hora del combate, el Pan de vida eterna que debía confortarles.

Aunque según la práctica establecida eran los diáconos quienes llevaban las Formas consagradas desde la iglesia principal á las subalternas, en donde las distribuían los titulares, se confiaba á los ministros inferiores el cargo de llevarlas á los mártires y moribundos. En aquel día, más que en ningún otro, era peligrosísimo el cumplimiento de tal deber, pues no solo estaban sobreexcitadas las pasiones de los gentiles con la próxima carnicería de tantas víctimas cristianas, sino que por las revelaciones de Torcuato sabíase que Fulvio tenía nota exacta y minuciosa de todos los ministros del santuario y de ella había transmitido copia á sus numerosos espías. De ahí que apenas pudieran aventurarse á salir en tal día sino á favor de un completo disfraz.

Preparado ya el Pan sacrosanto, el sacerdote que oficiaba tendió una mirada por los congregados para calcular quién con más seguridad podría encargarse de aquel supremo y peligroso deber; y antes que otro alguno hubiese podido adelantarse, ya estaba de rodillas á sus pies el jovencito acólito Tarcisio, que mudo é inmóvil, pero con las manos extendidas en actitud de recibir el sagrado depósito y animado su rostro por una expresión atractiva de angelical inocencia, parecía implorar la gracia de que se le diese la preferencia.

—Eres aún demasiado niño, hijo mío,—le dijo el buen sacerdote, conmovido por el hermoso cuadro que ante sí tenía.

—Padre mío,—contestó Tarcisio,—mis pocos años serán mi mejor salvaguardia. ¡No me negueis tan insigne honor!

Al decir esto brillaban las lágrimas en los ojos del niño y una modesta emoción tiñó de púrpura sus mejillas. Alargando más y más los brazos hacia el sacerdote, mostraba tan fervoroso anhelo que no era posible resistirle más tiempo. El celebrante



tomó, pues, el divino Sacramento, lo envolvió cuidadosamente en un blanco lienzo, y este en otro, y lo puso en las manos de Tarcisio, diciéndole:

—No olvides, hijo mío, que es un tesoro celestial el que confiamos á tu débil custodia. Evita en tu camino los lugares públicos, y ten presente que las cosas santas no deben ser pasto de los perros, ni las margaritas ser echadas á los cerdos. Dime; ¿guardarás con fidelidad estos dones sagrados de Dios?

—¡Moriré antes que entregarlos! —respondió el piadoso acólito ocultando en su pecho debajo de la túnica el celestial depósito.

Después de hacer una respetuosa reverencia al sacerdote, dirigióse Tarcisio á cumplir su misión. Con una gravedad de continente superior á sus años atravesaba con paso firme y acelerado las calles de la ciudad, poniendo su atención en evitar así las muy concurridas como las demasiado solitarias.

Al acercarse con los brazos cruzados sobre el pecho á la puerta de un magnífico palacio, vióle venir su dueña, señora rica y sin hijos; y tanto se prendó de su belleza y dulce expresión, que saliéndole al paso le dijo:

—Detente un momento, querido niño: ¿quieres decirme cómo te llamas y dónde viven tus padres?

—Me llamo Tarcisio, —respondió alzando los ojos y sonriendo dulcemente;— no tengo padres ni otra morada en este mundo que un lugar cuyo nombre acaso no oiríais con agrado.

—Entra en mi casa y descansarás un poco. Deseo hablar contigo. . ¡Ah! ¡qué dicha la mía si tuviese un hijo como tú!

—Ahora no puedo, señora. Debo cumplir una obligación sagrada sin detenerme un instante.

—Siendo así, prométeme que vendrás mañana. Esta es mi casa, y aquí te esperaré.

—Si vivo, procuraré complaceros —contestó el jovencito con tal inspiración en la mirada, que aquella dama creyó ver en él á un mensajero descendido de las esferas celestes.

Signióle con la vista, y después de algunas vacilaciones se determinó á seguirle. Al poco rato oyó la dama desahoradas voces de un tumulto que la obligaron á detenerse, hasta que apaciguadas del todo prosiguió de nuevo su camino.

Mientras tanto Tarcisio, con el pensamiento ocupado en algo más alto que la herencia de la opulenta matrona, seguía andando con acelerado paso en dirección de la cárcel Mamertina, de la cual separábale sólo una gran plaza en la que una caterva de muchachos salidos de una escuela vecina se disponían á jugar, moviendo gran algazara.

—Falta uno para estar completos, —dijo el que parecía capi-  
tanearlos. —¿En dónde le encontraremos?

—¡Bravo! —gritó otro;— ahí viene Tarcisio, á quien no he visto hace un siglo: buen compañero y muy hábil en toda clase de juegos... Vén acá, Tarcisio (y le asió de un brazo): ¿á dónde vas tan de prisa? Has de jugar un ratito con nosotros.

—Ahora no puedo, Petilio; de veras que no puedo. Voy á una diligencia muy importante.

—Ya irás luego.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! —gritó deteniéndole el otro, que era un mocito robusto y fanfarrón.—Necesitamos de ti; vén, y no seas terco ni me des un desaire, pues no he de consentirlo.

—Dejadme seguir mi camino, —dijo el pobre Tarcisio con acento suplicante;— os lo ruego.

—No lo esperes... Pero ¡calle! ¿Qué llevas escondido en el pecho con tanto misterio?... ¡Mirad, mirad cómo aprieta los brazos! Hemos de ver qué es ello. ¿Tal vez una carta? ¡Oh! no va á perderse porque tarde media hora en llegar á su destino. Dámela y te la guardaré en sitio seguro mientras jugamos.

Y así diciendo llevó la mano al pecho de Tarcisio con ademán de registrarlo.

—¡Jamás! ¡jamás! —exclamó éste levantando sus miradas al cielo.

—Pues yo he de ver qué secretos son esos, —insistió brusca-  
mente el otro.

Y principió á forcejear para separarle los brazos.

En esto comenzaron á verse rodeados de curiosos que deseaban enterarse del motivo de aquella contienda; pero sólo vieron á un muchacho que cruzado de brazos parecía estar dotado de una fuerza sobrenatural, según resistía los esfuerzos de otro mayor y más robusto que se obstinaba en hacerle descubrir lo que llevaba en el pecho. Pescazones, puntapiés, violencias de todo género, nada podían contra la heroica firmeza y constancia de aquella pobre víctima, que lo sufría todo sin exhalar una sola queja, concentrando todos sus esfuerzos en defender y proteger el sagrado depósito que con tanta cautela se le había confiado.

—¿Qué será? ¿qué no será? —preguntábanse los circunstantes á tiempo que acertó á pasar por allí Fulvio, quien acercándose al corro para enterarse de aquel tumulto, reconoció enseguida á Tarcisio por haberle visto en la ordenación de Diciembre; y como al reparar en su elegante porte le dirigiesen las mismas preguntas, respondió en tono despreciativo y volviendo la espalda:

—¿Qué ha de ser? Un asno cristiano que lleva los misterios (1).

(1) *Asinus portans mysteria.*



No fué menester que dijera más.

Fulvio desdeñaba una presa para él tan insignificante; pero, cruel y maligno como era, estaba convencido del efecto que producirían sus palabras. Sabía perfectamente que, excitada la idolátrica curiosidad de los romanos sedientos de sangre cristiana, no cesarían hasta conocer aquellos misterios y satisfacer su ansia de ultrajarlos. Así fué que al momento se alzó un grito unánime y amenazador exigiendo á Tarcisio que mostrase lo que llevaba escondido.

—¡Jamás, jamás!—repetía el niño;—¡primero moriré!

Un hombrón le descargó entonces en la cabeza un terrible puñetazo que le dejó aturdimado y le hizo manar sangre por la boca y la nariz. A dicho golpe siguieron otros que le derribaron en tierra sin sentido, pero con los brazos siempre cruzados sobre el pecho. Arrojóse á él la desapiadada turba, é iban ya á conseguir su intento cuando de repente comienzan á verse lanzados con impetu irresistible unos á la derecha, otros á la izquierda, otros derribados por un terrible manotazo, y otros, en fin, dando volteretas por el aire, mientras los restantes, apelando á sus piernas, dispersábanse al ver un soldado de talla atlética, autor de aquel zafarrancho. Despejada la plaza, arrodillóse junto á la víctima, y con el rostro bañado en lágrimas incorporó al moribundo niño con el mismo cuidado y ternura que una madre, preguntándole con cariñoso acento:

—¿Sufres mucho, Tarcisio?

—No pases cuidado por mí, Cuadrado,—respondió el niño abriendo los ojos y sonriendo como un ángel.—Llevo los divinos Misterios... cuida tú de ellos.

Levantóle en sus brazos el soldado con doble respeto, como que llevaba en ellos, no sólo á la tierna víctima de un heroico sacrificio, al generoso niño que acababa de conquistar la palma del martirio, sino también al mismo Rey y Señor de los Mártires, á la divina Víctima inmolada por la redención del linaje humano. El niño descansaba confiadamente la cabeza en los hombros del centurión, pero sus brazos manteníanse apretados contra el pecho. Cuadrado parecía no sentir el peso de tan preciosa carga, y con ella siguió caminando con seguro paso, hasta que al volver una esquina encontróse con una dama que, mirándole de hito en hito y como espantada, se le acercó, y al reconocer al niño exclamó horrorizada:

—¡Es posible! ¿Es ese Tarcisio, el niño tan bello y gracioso con quien hablé hace poco en frente de mi casa? ¿Quién le ha desfigurado así?

—Señora,—respondió Cuadrado,—le han asesinado porque era cristiano.

Conmovida la matrona, quedóse contemplando el rostro de

Tarcisio: éste abrió los ojos y los clavó en ella, sonrióse, y espiró.

De aquella mirada debió salir un rayo vivísimo de fe divina, pues la noble matrona no tardó en abrazar la religión de Cristo.

Cuando el venerable Dionisio separó los brazos de Tarcisio, al descubrir intacto é inviolado en aquel pecho el depósito glorioso, el Santo de los Santos, no pudo reprimir las lágrimas ni ahogar sus sollozos. Ahora que dormía el sueño de los Mártires le pareció que el hermoso y agraciado niño se asemejaba todavía más á un ángel que cuando una hora antes respiraba lleno de vida. El mismo Cuadrado lo llevó al cementerio de Calixto, en donde fué sepultado en medio de la admiración de otras muchas personas más antiguas en la fe, que no se cansaban de contemplarle (1).

Los cristianos presos no habían terminado aún su banquete cuando llegó á sus oídos la noticia del martirio de Tarcisio, y á poco le vino que la serenidad de sus almas se turbase por el temor de verse privados, en el momento supremo, de aquel Manjar celeste en el cual cifraban su principal fortaleza y su mejor consuelo.

Cuando, vueltos otra vez á su encierro, presentóse en él Sebastián para verles, comprendió al punto que eran ya conocedores del suceso, que á él le había referido su centurión Cuadrado. Aseguróles que no quedarían privados del santo Viático, con lo cual sintiéronse reanimados y consolados, y más cuando vieron salir al diácono Reparado después de hablarle el tribuno algunas palabras al oído.

Sebastián, que por su elevada posición era conocido de todos

(1) Más adelante el Papa san Dámaso compuso expresamente para la sepultura de Tarcisio el siguiente epitafio, que nadie podrá leer sin convencerse de que entonces como ahora era de fe la presencia real del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

*Tarcisium sanctum Christi Sacramenta gerentem,  
Cum male sana manus peteret vulgare profanis;  
Ipsæ animam potius voluit dimittere cæsus  
Prodere quam canibus rabidis cælestia membra.*

(•Mientras una plebe estulta quería obligar á Tarcisio á mostrar á los profanos el Sacramento de Cristo que consigo llevaba, prefirió él perder la vida bajo sus golpes antes que entregar á rabiosos canes los miembros celestiales.•)

Las palabras *cælestia membra* (de Cristo) aplicadas á la santísima Eucaristía comprueban la fe en la presencia del Salvador bajo las especies sacramentales; y son el resultado de un pensamiento habitual en la antigüedad, de más valor que las frases estudiadas ó convencionales.

El Martirologio romano menciona á Tarcisio el 15 de Agosto como á un mártir, cuyo aniversario se celebraba en el cementerio de Calixto, desde donde fueron trasladadas sus reliquias á la iglesia de San Silvestre del Campo, como lo comprueba una antigua inscripción



los guardias, entraba y salía fácilmente de la cárcel, á donde iba todos los días para alentar á los futuros mártires y dulcificar sus padecimientos. Esta vez llevaba, además, el objeto muy especial de despedirse de su amadísimo Pancracio, que deseaba con vehemencia aquella entrevista. Retiráronse los dos á un lado, y el noble mancebo fué el primero en tomar la palabra.

—¿Te acuerdas, Sebastián,—le dijo,—de aquella noche en que desde tu ventana oímos los rugidos de las fieras y divisamos los arcos del Anfiteatro, como abiertos para dejar paso al triunfo de los cristianos?

—Sí, querido amigo; tengo muy presente esa noche, en que parecía que el corazón te presagiaba la escena que mañana te espera.

—Es verdad: entonces presentí que seria uno de los primeros en saciar la voracidad de aquellos instrumentos de la humana barbarie. Pero ahora... ¡oh! ahora que se acerca el tan suspirado momento, apenas me considero digno de tan inmensa honra. Sí, Sebastián, ¿qué puedo yo haber hecho, no ya para merecer, pero ni aun para ser contado entre los primeros elegidos á gozar de tan singular gracia?

—Ya sabes, Pancracio, que no es el primero en llegar el que quiere ó se afana, sino que el Dios de las misericordias escoge á su beneplácito los elegidos á disfrutar de los eternos esplendores. Pero dime: ¿qué sientes en presencia del glorioso destino que te aguarda mañana?

—A decir verdad, me parece tan magnífico, tan superior á cuanto pudiera desear, que á veces me parece un sueño lo que me sucede; tan bella y seductora se presenta á mis ojos la realidad. Tú mismo ¿no consideras como una increíble maravilla que yo, encerrado ahora en esta fría, oscura y fétida prisión, pueda mañana, antes que el sol trasponga los montes, encontrarme en el Paraíso gozando las eternas armonías de los Angeles, unido con dulces y estrechos abrazos á los Santos vestidos con blancas túnicas, respirando los perfumes del celestial incienso y bebiendo en las límpidas y refrigerantes aguas de la vida eterna? Créense tales prodigios cuando se lea y se oyan referir por otros; pero que tanta felicidad, y dentro pocas horas, deba tocarme á mí... ¡ah! Sebastián, apenas me atrevo á creerlo.

—Y ¿no sientes más, amigo mio?

—¡Oh! sí; otra cosa que la lengua humana no podría expresar. Que yo, pobre niño, salido apenas de la escuela y que nada ha hecho por Cristo, pueda no obstante decirme: «Mañana veré á mi Jesús cara á cara, y le adoraré, y recibiré de El una palma y una corona, y lo que es más, un tiernísimo abrazo...» se me figura esta esperanza tan bella, tan gloriosa, que me

asombra que pronto vaya á trocarse en realidad. Y sin embargo, Sebastian,—añadió fervorosamente estrechando las manos de su amigo,—todo esto no es sueño, es realidad, es la verdad!

—¿Lo has dicho todo, Pancracio?

—No, Sebastian; hay más aún. Voy á cerrar los ojos al aspecto de los hombres para abrirlos á la perfecta contemplación de Dios: se cerrarán mis ojos en frente de miles y miles de espectadores cuyos rostros expresan solamente desprecio, odio y furor, para volverlos á abrir luego ante aquel Sol de inteligencia, cuyo esplendor nos deslumbraría y nos abrasaría si al ser bañados, penetrados por sus rayos, *no nos hiciésemos semejantes á El*. Mis ojos se sumergirán luego en el horno ardiente del corazón de Dios, en aquel oceano de misericordia y de amor, sin temor de ser consumido... ¡Ah! Sebastián, ¿no te parece demasiada presunción en mí decir que mañana... ¡No! digo mal... ¿Oyes, Sebastian? La guardia del Capitolio anuncia la media noche... ¡No es ya mañana! ¡Es hoy, hoy mismo cuando mi alma gozará de tanta felicidad!

—¡Dichoso tú, Pancracio,—exclamó el tribuno,—que así gozas de antemano las inefables dulzuras que te esperan!

—Pero, querido Sebastián,—continuó diciendo el mancebo como si no hubiese advertido la interrupción de su noble amigo,—lo que más me hace admirar la bondad y misericordia que Dios muestra conmigo es el género de muerte que me concede, porque ¡cuánto más fácil y dulce no ha de ser á mi edad abandonar la tierra cuando la muerte pone fin á todas las miserias humanas, evitándonos el aspecto de fieras horrendas y hombres pecadores, poco menos horrendos que ellas, y apagando en nuestros oídos los aullidos infernales de los unos y los bramidos de las otras!... ¡Cuánto más doloroso no me sería la muerte si debiese espirar á los ojos de una madre tierna como la mía, y si mis oídos antes de cerrarse debiesen oír los resignados ayes de su corazón! La veré, sin embargo, y oiré su voz amada antes del combate, segun tenemos convenido; pero estoy cierto de que no tratará de enervar mi fortaleza.

Una lágrima asomó en los ojos del afectuoso mancebo, pero enjugóla con presteza y añadió sereno y animoso:

—Ahora recuerdo, Sebastián, que no me has cumplido tu doble promesa de revelarme los secretos que me ocultabas. Aprovecha esta ocasión, porque es la única, y dímelo todo sin ocultarme nada.

—¿Recuerdas qué secretos eran?

—¡Y bien que los recuerdo, como que me han dado mucho que pensar! En primer lugar, una noche en tu aposento me declaraste que había un motivo poderoso para refrenar mi ardiente deseo de morir por Cristo; y posteriormente rehusaste manifestarme la



razón que te asistía para mandarme salir precipitadamente para la Campania, añadiendo que los dos secretos no eran más que uno, cosa que en verdad no comprendo.

—Y sin embargo es así. Prometí, Pancracio, velar por tu verdadera felicidad: era un deber de amistad y caridad que me había impuesto. Veía el ansia con que aspirabas al martirio; conocía el ardiente temperamento de tu corazón inexperto, y temía no te comprometieses por alguna acción atrevida, capaz de empañar la pureza de tus deseos, siquiera fuese tan ligeramente como el aliento empaña el más fino acero: temía, en una palabra, que marchitases una sola hoja de tu palma. Por esto resolví oponerme al cumplimiento de tu vehemente aspiración hasta verte fuera de peligro. Y ahora dime, Pancracio: ¿obré bien, ó nó?

—¡Oh! ¡qué bondad tan noble la tuya, mi querido Sebastián! Pero ¿qué relación había entre esto y mi viaje?

—De permanecer en Roma, te habrían arrestado por el atrevido acto de arrancar el edicto, ó por las invectivas que dirigiste al juez durante el suplicio de Cecilia. Es indudable que te habrían condenado, y hubieras padecido por Cristo; pero la causa de tu sentencia aparecería muy distinta, porque calificarían tu acto de delito civil, delito de lesa majestad. Además, los mismos paganos te elogiaron señalándote como á un mancebo valiente y osado; tal vez una fugitiva nube de vanagloria nublara entonces la pureza de tu alma; y aun cuando así no fuera, te privarían de esa ignominia, que constituye el mejor blason y la gloria especial de los que mueren sólo por ser cristianos.

—Tienes razón, Sebastián,—dijo Pancracio ruborizándose.

—Así es que cuando llegó á mi noticia tu arresto en el momento de ejercer un generoso acto de caridad con los confesores de Cristo; cuando ví que te conducían por las calles de Roma sujeto á una cadena de penados como un criminal vulgar; al verte escarnecido y atropellado como á los demás hermanos nuestros, y confundido con ellos en una comun sentencia por el único motivo de ser cristiano, entonces me consideré libre de mi empeño, y ni un dedo habría levantado para salvarte.

—En verdad, Sebastián, el amor que me profesas se asemeja al de Dios. ¡Cuán prudente fuiste, cuán generoso, cuán desprendido!—exclamó Pancracio sollozando y agarrándose al cuello de su amigo.—Un favor más quisiera merecerte: prométeme que estarás cerca de mí hasta el postrer momento y que entregarás á mi querida madre mi último legado.

—Así lo haré aunque deba costarme la vida. Por otra parte, queridísimo Pancracio, corta será nuestra separación.

En esto avisó el Diácono que todo estaba dispuesto para celebrar el angusto Sacrificio en la misma prisión. Los dos amigos

quedaron sorprendidos ante el nuevo y venerando espectáculo que se les ofrecía. El santo presbítero Luciano yacía en el suelo, con las piernas dolorosamente tendidas y metidas en la *catasta* ó cepo, en una posición que no le permitía incorporarse. Sobre su pecho había desplegado el diácono Reparado los tres lienzos que para cubrir el altar se requerían, y encima de ellos estaba el pan sin levadura y el caliz con vino y agua, que el Diácono aseguraba con la mano. Otro sostenía la cabeza al venerable sacerdote, quien recitó las preces y practicó las sagradas ceremonias de la Oblación y la Consagración. En seguida fueron acercándose devotamente los fieles, y con lágrimas de tierna gratitud recibieron de sus manos la Sagrada Comunión.

¡Bello al par que maravilloso ejemplo de la facultad de la Iglesia de Dios para adaptarse á las circunstancias! Si bien son inmutables las leyes por que se rige, hasta cuando consiente en que se modifique su estricta observancia encuentra con su ingeniosa y maternal solicitud medios para demostrar los principios en que aquellas se fundan, y aun las mismas excepciones no son sino una más sublime aplicación de ellos. Allí yacía un ministro de Dios y dispensador de sus misterios, á quien por una vez érale concedido el hermoso privilegio de asemejarse más que otro á Aquel á quien representaba, haciendo al mismo tiempo de sacerdote y de altar. La Iglesia prescribía que el santo Sacrificio se ofreciese únicamente sobre las reliquias de los Mártires, y hé aquí un Mártir que lo ofrecía sobre su mismo cuerpo. Viviendo aún, *yacía bajo los pies de Dios*; y aunque todavía le latiese el corazón bajo los divinos misterios, había consumado ya el sacrificio de su vida: en él vivía sólo Jesucristo, el único que llenaba de su divinidad, interior y exteriormente, el santuario de aquel pecho. ¿Cabía preparar una mesa más bella para el Viático de los Mártires?

## XXI

### El combate

Amaneció el día frío, pero espléndido, y el sol dorando con sus rayos los chapiteles de los templos y de otros edificios públicos, parecía quererles dar cierto aire de fiesta. No tardó el